EL NUEVO MUNDO SOCIAL DE LA *SEGUNDA PARTE DE LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES*..., DE JUAN DE LUNA (1620)

INTRODUCCIÓN

En la espléndida historia de la literatura española el *Lazarillo de Tormes* (1554) ocupa un lugar de suma importancia. El hecho de que existan continuaciones e imitaciones dice ya bastante en cuanto a la opinión y a la importancia que se le daba.

El *Lazarillo* primitivo cayó precozmente por el cielo de los demás géneros literarios españoles con la fuerza de un metéoro, cuya estela fue la sátira, que en España, acaso más que en ningún otro país, tuvo tal potencia de irradiación en el género picaresco y en las continuaciones del *Lazarillo* que llegó a transformarse en calumnia para hundir en el fango las reputaciones mejor adquiridas, pretendiendo con este emponzoñado signo manchar el espíritu luminoso de la religión y moral de la sociedad española de la época, dentro y fuera de España.

Un año más tarde que se publicó el *Lazarillo de Tormes*, apareció en Amberes una *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes*, también de autor desconocido. Obra de escaso valor literario, escrita bajo petición directa del impresor al conocer

la brillante oportunidad comercial que le ofrecía el *Lazarillo primitivo* [1].

En 1620, en París, apareció una segunda continuación del *Lazarillo* primitivo hecha por el toledano Juan de Luna [2].

Esta *Segunda parte*, de Juan de Luna, que tiene por escenario el mundo social de la época, nos presenta el panorama del diario vivir de este Lázaro del siglo XVII que podría ser cualquier pícaro de aquel indistinto coro de la hermana cofradía de guzmanes y buscones que llenan las páginas de las novelas picarescas de la época barroca. En toda la novela de Luna encontramos que el autor lleva a su obra la realidad tal como él la percibe, añadiendo a todo eso su mensaje de cínico.

En este trabajo nos proponemos estudiar el mundo social del *Lazarillo* de Juan de Luna a través de su ambiente y personajes [3]; analizar ciertos motivos y características del personaje Lázaro, del hidalgo, de la mujer de Lázaro, del resto de los personajes y diversos aspectos sociológicos del mundo que lo componen. Luego los confrontamos con el mundo social que nos

---

[1] Cfr. Enrique Macaya Lahmann, *Bibliografía del Lazarillo de Tormes* (San José de Costa Rica, 1935), p. 35.

[2] Juan de Luna es un personaje enigmático. Debió nacer en Toledo alrededor de 1585. Pasó una temporada en Zaragoza. Perseguido por la Inquisición (el por qué no se sabe, a pesar de todas las conjeturas), tuvo que huir de España. En 1616 aparece documentado en París como maestro e intérprete de lengua española. (Vid. el artículo de Jean-Marc Pelorson, «Un documento inédito sobre Juan de Luna [14 de junio de 1616]», *Bulletin Hispanique*, LXXI, núms. 3-4, 1969, pp. 577-78). El mismo año publica su *Arte breve y compendiosa para aprender a leer, pronunciar y hablar la lengua española*. En 1619, en París, publica sus doce *Diálogos familiares en los cuales se contiene los discursos modo de hablar, proverbios y palabras españolas más comunes: Muy útiles y provechosos para los que quieren aprender la lengua Castellana*. El año siguiente, en 1620, puso en limpio una edición del auténtico y primitivo *Lazarillo*, corregida y enmendada, agregándole la continuación que hemos citado. En 1623, en Londres, Juan de Luna, edita, otra vez, su *Arte breve y compendiosa...*, en cuya dedicatoria al «ilustrísimo y excelentísimo señor D. Luis Stewart, duque de Lenox, señor de Aubigny, etc.», Luna alude a su ausencia de España por razón de «una justa y legítima causa». Con estas palabras y fechas se agotan todas las noticias que se saben sobre Juan de Luna autor.

[3] Para los problemas de índole religiosa en el *Lazarillo* de Juan de Luna, véase mi artículo: «El nuevo tono religioso del *Lazarillo* de Juan de Luna», en *Anuario de Letras* (México, 1963, Año III), págs. 107-127; reproducido, con algunas modificaciones, en *Estudios sobre la novela picaresca española*. (Madrid, C. S. I. C., 1970), págs. 79-94.

ofrece el *Lazarillo* renacentista. De ahí vamos a deducir la heterogeneidad cronológica que separa los dos *Lazarillos* respecto al mundo social de la época en que se escribieron.

El mundo social que representa el *Lazarillo* primitivo, sus tipos y realidades, sus motivos y características, está tan alejado cronológicamente del mundo social de la *Segunda parte* de Luna en cuanto al sentido y la tendencia de la época, que son fundamentalmente distintos. Sería absurdo, por ejemplo, como se había propuesto Juan de Luna, conectar el carácter y la personalidad del escudero toledano del *Lazarillo* primitivo con el de la *Segunda parte*, cuya resurrección, por parte de Luna, llega a producir la antítesis del hombre honrado, es decir, el ladrón rufián de la «novela delincuente» [4]. La mujer de Lázaro primitivo aunque acuse rasgos de mujer adúltera para hacer ganancia particular, nunca llega a ser escandalosa y transformarse en manceba. Tal amancebamiento sí ocurre, en esta *Segunda parte* de Juan de Luna, puesto que vive casi públicamente del comercio sexual. La figura tan importante y expresiva del Arcipreste, en su renacentista carácter, que le brindaba toda clase de ayuda material a Lázaro, pertenece también al grupo de clérigos que no podían faltar en la *Segunda parte*. Su comportamiento ofrece fallos notorios, que responden fielmente al cinismo del autor de la novela.

¿Y qué podríamos decir del personaje central de la novela renacentista al compararlo con el de la *Segunda parte* de Luna? No habría la más pequeña duda: si tomásemos al Lázaro de Luna de la mano y lo pusiésemos ante un espejo, se vería allí reflejado no al Lázaro renacentista, sino al Buscón de Quevedo tan verdadero como la copia original. Los dos se darían la mano para felicitarse de sus bellaquerías. Lázaro de Luna, con excepción de su anticlericalismo furibundo, se vería a sí mismo como un discípulo del Buscón y del Guzmán que le abrieran la senda al marcado cinismo ante la vida.

Pero donde está la oposición entre el Buscón, el Guzmán y Lázaro, como observamos, es en el anticlericalismo de éste,

[4] Cfr. Rafael Salillas, *El delincuente español. Hampa.* (Madrid, 1898), pág. 498.

rasgo que llega a resultarnos realmente odioso; no tanto por el tono irreverente para las cosas de la iglesia, sino por la arrogancia y el cinismo con que se burla de los clérigos, lo cual contrasta mucho con su actitud en otro momento de su vida.

La *Segunda parte* de Luna es un fiel reflejo de la caducidad de un género escrito con precipitación y de manera improvisada, que no obedece al mundo social que presenta la mano artística del autor renacentista. El pícaro de Juan de Luna, en sus diversos tipos de pregonero, soldado, bufón, pleitista, ganapán, escudero y ermitaño, es un producto del mundo social del *Guzmán de Alfarache* y del *Buscón*.

Al contrario del Lázaro primitivo, la moral del Lázaro de la *Segunda parte* es acusadamente pervertida, sus bromas plebeyas. Apoya y avalora con frecuencia el modo de pensar de la baja humanidad, critica y ataca a menudo los elevados conceptos del hidalgo y de los clérigos y, por consiguiente, encarna en muchos aspectos el mal sentido de la vida y de la época barroca.

Al comparar lo que acabamos de decir, se verá que no puede existir la menor semejanza entre el mundo social en que se mueve Lázaro primitivo y el de la *Segunda parte*. El concepto que tuvo Luna de la esencia social en su sentido práctico, se mueve, aunque con marcada originalidad, dentro de los modelos de las novelas picarescas de la época barroca: tendencia hacia la delincuencia, excesos nocturnos, justicia apicarada, exaltación de la vida picaresca, malandanzas y peligros del pícaro, engaños, cinismo, cobardía, pérdida del sentido de honor, hurtos, mancebía y violencia.

Juan de Luna penetra en las intimidades del modo de ser del pícaro y en la psicología del bajo vulgo de entonces, sólo para sacar punta a su argumento, en cuya senda ni le precedió ningún autor español de novela picaresca ni le siguió nadie.

Con una técnica narrativa muy similar a las novelas más en boga de la época *(Guzmán de Alfarache, El Buscón, Rinconete* y *Cortadillo*, etc.) [5], Luna hace desfilar ante el lector indi-

[5] Cfr. Joseph L. Laurenti, «La técnica novelística de Juan de Luna», en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Mayo de 1964), n.º 173, págs. 243-267.

viduos representativos de las diversas clases de la sociedad española de entonces: soldados aventureros, gitanos, hidalgos, alcahuetas, ganapanes, frailes, curas, estudiantes, mancebas, busconas y letrados, todos los cuales, sin excepción alguna, son muestra acabada de la decadencia moral del ambiente y, sobre todo, del odio que él mismo siente hacia sus propias criaturas. Luna los pinta con colores tan negros que se percibe fácilmente lo que se había propuesto al escribir esta *Segunda parte.*

El resultado de esta presentación de individuos tan reiterados, tan transformados de aspecto, de constitución interna, es decir, del carácter de los personajes, sirve de contraste al tono social predominante en el *Lazarillo* primitivo. Con la *Segunda parte,* el mundo social y sus circunstancias cambian; sobre todo cambia la psicología de los personajes; estos personajes que Luna goza en presentarnos con esa visión iconoclasta de la sociedad española de la época son los que podríamos llamar, al compararlos con los del *Lazarillo* primitivo, casos antitéticos, muy propio del barroquismo literario del siglo XVII.

MOTIVOS Y CARACTERÍSTICAS SOCIALES DEL PERSONAJE LÁZARO

Puesto que Lázaro es el personaje central de esta *Segunda parte,* tenemos que estudiar con más amplitud su desarrollo a través de múltiples circunstancias sociales.

Queremos ver la reacción ante la vida del Lázaro de Luna, observando diversos aspectos de esta trayectoria vital para anotar más concretamente sus individuales actitudes y, a través de estos fragmentos concretos, reconstruir la visión del mundo social que le rodea.

1. *Lázaro aventurero.*—Hacia fin del *Lazarillo* primitivo se notan algunas fases de la prosperidad económica de Lázaro. Vemos que Lázaro, por medio del capellán del tratado IV, tuvo la posibilidad de mejorar de vida. Pues bien, al principio de esta *Segunda parte* también se puede ver que Lázaro, por hallarse en medio de circunstancias sociales que le han favorecido un

trabajo mecánico, ha mejorado de vida. Orientado a la producción de los bienes materiales, no se queja de la miseria ni del hambre: «Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo más que saludador, mejor vestido que teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa..., y con un oficio que me lo podía envidiar el echaperros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó e hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé González...» [6]. Bien se echa de ver que tiene oficio (es pregonero de vinos) y no ha de menester el mendigar; la nueva de la Armada de Argel le llena de espíritu aventurero. Lázaro busca el distanciamiento familiar, la desvinculación de sus responsabilidades hacia el ambiente en que se mueve. Este egoísmo condiciona su concepción personal de la realidad, su juicio ético y, por consiguiente, su conducta social. Este individualismo y sentimiento de libertad lo lleva a despedirse de su «amada consorte» y de su «cara hija» y amigos, llevado aparentemente por el «deseo de mejorar su fortuna» (C y L, págs. 696-97), pero, en realidad, por el gusto de verse libre de dominio ajeno, por anhelo de «soltura» y por el alto índice de movilidad social de su tiempo.

En los siguientes episodios lo que se advierte y lo que se le adviene a Lázaro palidece ante el crudo colorido de los diversos recursos de descripción con que Juan de Luna adorna las aventuras sociales de este Lázaro. Poco a poco se desarrolla una acción retrógrada que vuelve a poner en primer término el sentido de degeneración latente en este Lázaro. Así vemos, por ejemplo, que este Lázaro tiene un desprecio para los trabajos mecánicos. En este período de su vida tiene riqueza y abundancia, pero su individualismo, que orienta su comportamiento social, lo lleva a mudar de vida, a dejar su hogar, a su familia, y pasearse por tierras extrañas. Es un hombre que coincide en general con el comportamiento social del Guzmán y del Buscón [7]. Como éstos,

[6] *Celestina y Lazarillo,* ed. de Martín de Riquer (Barcelona, 1959), pág. 695. Toda referencia a la *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes* se hará mediante esta edición acompañada por la sigla C y L.

[7] La primera edición de *El Buscón* se publicó en Zaragoza en 1626, pero sabido es que circuló en manuscrito mucho antes que se diera a la

actúa en forma ferozmente individualista y calculada, pero menos escrupuloso y más bajo aún. Por ejemplo, encontrándose con dinero y con esposa, con gracia y hermosura, hace el papel de tercero al salir de la casa y dejarla con el Arcipreste. La tercería de este Lázaro es producto de su misoginia que se manifiesta, psicológicamente, cuando Lázaro informa públicamente al Arcipreste que se «encargue el cuidado y regalo de su mujer y hija» (C y L, pág. 696). Pero estamos en la época barroca y el desengaño es fiel amigo del individualismo y sentimiento de libertad social del pícaro. No lo desampara en el camino de sus aventuras. Cuando Lázaro llega a Cartagena, puerto de la ambición y espejismo de la sed de libertad —que se revela no sólo en este Lázaro, sino también en el mundo de los guzmanes y buscones del siglo XVII—, Lázaro se embarca con esa desaprensión del pícaro que espera mejorar con la Armada su estado social; pero el desengaño se impone. Este Lázaro que tanto desconfía en su ambiente social pone toda su esperanza en el mar, y como en el mar no hay cosa segura, naufraga, perdiendo en una hora lo que en muchos meses había soñado: «Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y en ella me las enegó todas.» (C y L, pág. 710).

Junto al tema del desengaño, característica descollante en el episodio del Lázaro aventurero, aparece un rasgo psicológico propio del pícaro, la tacañería. En el episodio del naufragio podemos percibir que este Lázaro es un ejemplo de cinismo producido por su experiencia decepcionante de aventurero impenitente. Su moral es la síntesis de la picardía de la época. Reúne todas las cualidades peores de los guzmanes y buscones, curados por los años desconfiados de los hombres. Este Lázaro no prodiga un consejo saludable. Un ejemplo característico del gran pícaro y su cinismo indiferente lo reúne el episodio del naufragio; cuando un soldado, que se está ahogando, cuenta a Lázaro que no ha cumplido una penitencia y le pide a éste su

---

imprenta la *Segunda parte* de Juan de Luna. Véase, sobre este aspecto, S. Gili Gaya, «Evolución histórica de la novela picaresca» en *Historia General de las Literaturas Hispánicas* (Barcelona, 1953), III, pág. 14.

consejo, Lázaro, con buena memoria y suelta lengua, le aconseja que por penitencia «bebais toda el agua del mar» (C y L, pág. 705). Esta falta de sensibilidad por parte de Lázaro es lo que le transforma en una modalidad parasitaria en tránsito por el mar que se conoce en el soldado aventurero. Está incapacitado para sostener una vida sedentaria, por su condición de pícaro y perpetuo andariego, toma la vida militar como una experiencia secundaria en su agitada existencia. Es el verdadero pasajero de la vida, que pasa y apenas se detiene. Todo lo que hace lo hace con el propósito de sacar algún provecho pecuniario para subir por la senda de la vanidad. La vanidad de este Lázaro se trasluce en este episodio del soldado aventurero. Como el Guzmán, que le había abierto el camino, se hace soldado por profesión, para adquirir reputación social y bienes que le permitan vivir exento de todo trabajo mecánico, servil y productivo, no por necesidad o por hambre; busca la vida fácil sin trabajar y por medios vanidosos. El primer dinero que recoge Guzmán es para vestirse y presumir. Compra joyas; las enseña a todo el mundo y las revende engañando a los demás. Lázaro sigue el mismo camino del Guzmán. La riqueza que Lázaro encuentra en el fondo del mar es también para presumir. Diríase que la presunción sería el único término concebible en su actividad centrífuga aventurera: «Si puedo sacar estas riquezas de aquí no habrá bodegonero en el mundo más regalado que yo: haré casas, fundaré rentas y compraré un jardín en los cigarrales; mi mujer se pondrá don y yo señoría; casaré a mi hija con el más rico pastelero de mi tierra» (C y L, pág. 707).

En esta aventura ya se puede ver que este Lázaro es próximo pariente y hermano, por el carácter, y por el mundo social en que se mueve, de su antecesor el Guzmán. Ambos, Guzmán y Lázaro, tienen épocas de riquezas y abundancia, pero éstas se esfuman cuando determinan mudar de vida. En ambos no falta el espíritu de aventura que se manifiesta en mil detalles mezquinos. Los móviles que los impulsan a la aventura y a los riesgos aplicados a sus negocios, son la vanidad y la honda huella de menosprecio que el siglo XVI había dejado hacia las ocupaciones mecánicas, características que, como en el caso de Guzmán,

se van reivindicando brillantemente en los episodios del Lázaro aventurero.

2. *Lázaro bufón.*—Si duras fueron las aventuras del Lázaro como soldado, más duras fueron las del pícaro-bufón. Las adversidades, los golpes, el decaimiento moral y físico que Lázaro sufre por causa del afán de lucro en este episodio grotesco, son las causas que contribuyen a profundizar su desengaño hacia la vida y a disgregarlo de la disciplina social.

Encontrándose prisionero de unos pescadores, lo exhiben en una tina de agua como si fuera un monstruo marino (C y L, pág. 715). Es muy diverso el dolor humano que nos ofrece el *Lazarillo* primitivo. Esta nueva aventura de Lázaro corresponde más a ciertos episodios patéticos del *Guzmán de Alfarache* y de *Don Quijote*...

Si consideramos en detalle esta nueva, diversa manifestación del «hombre pez», se verá claramente que cobra sentido sólo si la incluímos dentro del sentimiento barroco, como forma degenerada de la sensibilidad renacentista. Estas diversiones crueles por parte de los pescadores, presentan contrastes violentos e incomprensibles con el *Lazarillo* renacentista. El realismo que se percibe en el *Lazarillo* primitivo, con Luna degenera en naturalismo, bajo los efluvios de la época barroca, cuyo resultado llega a producir la oposición entre los dos *Lazarillos*, entre sensibilidad y crueldad, entre realismo y naturalismo.

La suma de las impresiones que nos produce el espectáculo de vileza de cada uno de estos pescadores como del resto de los personajes que rodean a Lázaro en este episodio, se condensa en máximas en que Luna da rienda suelta a su pesimismo sobre la maldad del hombre y de la sociedad burguesa de la época, especialmente sobre su afán de lucro y economía dineraria. Así, después de ser salvado del naufragio, casi difunto, unos pescadores deciden, persiguiendo cruelmente su interés, transformar a Lázaro en pez artificial, con el propósito de exhibirlo como monstruo marino. (C y L, pág. 717).

Prisionero de los pescadores, a pesar de los golpes recibidos, Lázaro trata de rebelarse y hacer estallar su indignación; pero como es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse en

viéndose levantada la ocasión de ganancia dineraria, los pescadores «son sordos, y tanto peores cuanto menos querían entender» (C y L, pág. 714). Ahora Lázaro no puede rebelarse: tiene que resignarse. Su acción se transforma en una pura contemplación del mundo burgués, en una experiencia de su vida, en la cual se refleja su filosofía de que si él es malo, también son malos los individuos con quienes tropieza. Es la vida dominada por el afán de lucro que, por no estar iluminada por el ideal de la virtud y de la justicia, se somete a un continuo encadenamiento de sufrimientos.

De aquí derivan, dentro de la vertiente del barroco, no sólo los rasgos malos, sino también los buenos. Lázaro los propaga, en su peregrinación por España con los pescadores, en calidad de penitente por un lado y licencioso pícaro por otro. Bajo estos aspectos humanos se manifiesta la antítesis del hombre del barroco, muy de acuerdo con el gusto de la época. Esta contradicción no nos la ofrece nunca con igual viveza el Lázaro renacentista.

Juan de Luna ha convertido a su pícaro en truhán —especie de bufón acuático de unos pescadores—. Por mucho ingenio que utilice el autor, este episodio resulta descolorido y frío al lado de la grandeza de los episodios y de la verdad humana del *Lazarillo* de 1554. Este Lázaro que nos presenta Luna es un muñeco abarrocado con que el autor se divierte presentando lo inverosímil y hasta lo absurdo de las situaciones. Y no obstante, es precisamente en este episodio donde captamos el sentido de desengaño más profundo que manifiesta Lázaro en la trayectoria de sus aventuras. Así, por ejemplo, vemos que prisionero de los pescadores es llevado a Toledo; llega a curiosearlo su esposa, la cual vive amancebada con el Arcipreste. Lázaro medita sobre los cuernos y padece la ingratitud de su esposa, que no quiere reconocer más a Lázaro por su legítimo esposo: «parece en algo a mi buen marido, pero no es él» (C y L, pág. 729). Vuelve Lázaro con algún dinero, fruto que éste tuvo de un pleito con los pescadores, busca a su mujer y ésta le rechaza otra vez, reclama a su hija y el Arcipreste le confiesa no ser hija suya, sino de sí mismo. Desengañado de la vida Lázaro, es desterrado de Toledo.

Sale en busca de nuevo oficio, pero no pierde su iniciativa para nuevas diabluras. Estropeado sistemáticamente sin remedio por la sociedad y la familia, Lázaro busca un servicio bajo y despreciable. El destierro de Lázaro representa la disgregación social que se liga íntimamente a una representación económica, la de ganar, la de adquirir un oficio, y, consecuentemente, a la idea de perder. Perdida su familia y su oficio, Lázaro se transforma en un disgregado de la disciplina social, en una especie de perdulario, de perdido. Lo significativo es que la pérdida de familia por parte de Lázaro se ligue con su pérdida económica; siendo aquélla consecuencia de ésta, hace que se case perfectamente en esta aventura el sentido de pícaro desengañado.

3. *Lázaro como ganapán. Fricción con la delincuencia.* — Transformado en ganapán, Lázaro hace su entrada en uno de los puntos más adecuados de la época de Luna para tan ínfima posición social, es decir, en Madrid, probablemente por la puerta de Guadalajara.

Cuenta Mesonero Romanos, en su *Antiguo Madrid* [8], que, en la época en que Luna escribió su *Lazarillo*, Madrid atraía, con los reflejos del esplendor cortesano, a los parásitos y pícaros de todas las procedencias, atrapaba muchos para servir de ganapán, esportillero, escudero, etc.: dedicábanse al trabajo, cuando la necesidad les obligaba. Otros se instalaban en Madrid ejerciendo un sinnúmero de oficios, graduándose en las más torpes bellaquerías. Con toda esa legión de hampa, era lógico que este lugar fuera teatro de continuos lances, robos, cuchilladas, asaltos, atropellos, heridas y muerte. Llena está la literatura de la época en que se escribió la *Segunda parte* de Luna, singularmente la obra de Quevedo y Cervantes.

Es acertada también la explicación que nos da Cristóbal de Herrera en 1598 acerca de los ganapanes madrileños. Afirma este autor que había muchos de ellos que pisaban las calles y plazas de Madrid. Años después volvió a escribir sobre el mismo tema, y se puede ver que no habían cambiado las circunstancias:

---

[8] Cfr. Ramón de Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid* (Madrid, 1914), pág. 26.

> ...sería bien que hubiera número en cada lugar destos ganapanes, nombrado por la justicia ordinaria y Ayuntamiento, y que sea el que pareciere bastar para la tal ciudad o lugar, trayendo para ser conocidos alguna caperuza azul o de otro color [9].

Cervantes, también como Luna, debió pensar en los ganapanes de la época cuando escribió su famoso entremés *El juez de los divorcios*. En este entremés, cuya escena es Madrid, y más precisamente la Puerta de Guadalajara, como en el *Lazarillo* de Luna, el ilustre escritor presenta a un tipo de ganapán que como Lázaro nos da una interminable y poco poética enumeración de esas gentes que no constituían un pueblo, sino una agrupación, producto de viciosos desprendidos de la misma sociedad de la época barroca. Se trata de un problema social amplio, general en la época, por lo menos en los grupos urbanos más evolucionados, como Madrid, París, Londres, etc.

Pues bien, en este ambiente urbano de la época, Lázaro se afilía a la sociedad de ganapanes —pandillas de vagabundos e individuos mancomunados para la delincuencia. Lázaro entra en esta sociedad esperando que allí sería más fácil su nuevo oficio. Se encuentra con un tramposo que le enseña a ser ganapán, y Lázaro escoge serlo recogiendo más infortunios que el mismo tramposo. Los infortunios que Lázaro sufre en Madrid, como consecuencia de este oficio, caen dentro de una zona gris de su existencia en la que los escándalos, lo brutal y lo torpe no son parecidos a los episodios de Lázaro primitivo.

En sus aventuras Lázaro se encuentra con una de las numerosas busconas que habitan en esta población equívoca para ser más fácil su parroquia. Ésta le pide a Lázaro que lleve su carga; lo hace de buena gana Lázaro, esperando ser largamente recompensado, pero cuando llega el momento de pagar, la buscona se lo agradece con un bofetón.

Su experiencia de cargador con una vieja alcahueta no es menos amarga. Se encuentra Lázaro con una discípula de la Celestina, protectora de los amores entre la gente amiga de di-

[9] Véase: Luis Sánchez, *Epílogo y suma de los discursos que escribió del amparo y reducción de los pobres mendigantes* (Madrid, 1608), cit. por Fonger de Hann en «Pícaros y ganapanes», *Homenaje a Menéndez Pelayo* (Madrid, 1889), pág. 174.

vertirse. Esta alcahueta enjaula a un galán en un ataúd y después recluta a Lázaro para que éste lo lleve a casa de una familia honorable en la que hay una «doncella» cuyo comportamiento moral ofrece fallos notorios. Pero, al día siguiente, descubierto el engaño por los padres y hermanos de la muchacha, Lázaro no puede sustraerse a las iras de aquéllos, que ven en Lázaro a una especie de mediador sexual o de alcahuete. Para evitar el peligro de muerte violenta, Lázaro se jacta de su habilidad para librarse de aquel sanguinario «honor calderoniano», como diríamos hoy, y hace caer la culpa de su delito sobre el escudero toledano que casualmente viene por la calle: «como un galancete, pisando de punta, la capa por debajo el brazo, con un pedazo de guante en una mano y en la otra un clavel, braceando que parecía primo del duque del Infantado; hacía mil ademanes y continencias» (C y L, pág. 753).

Al llegar a este punto vemos que en las aventuras de este Lázaro de Juan de Luna hay un tono licencioso y desvergonzado con que se comentan ciertos sucesos de sabor boccachesco, y no podemos menos de preguntarnos si estos sucesos no están en contradicción con muchos de los episodios del *Lazarillo* primitivo.

Por ejemplo, tales tipos de pícaro y escudero no podrían ser más remotos de los dos correspondientes protagonistas que encontramos en el Lazarillo renacentista. Alrededor de Lázaro y del hidalgo se mueve un mundo de personajes tomados del ambiente social de la época de Juan de Luna, que forman un cuadro exagerado sin duda, con tendencia a la caricatura. Desfilan ante nosotros los personajes más pintorescos de la literatura picaresca de la época, pero con retoques, como el galán, la alcahueta, la buscona, grupo bien definido de tipos villanescos que abordan la delincuencia, caracterizados por sus bellaquerías, pero que al mismo tiempo llegan a alcanzar formas caricaturescas por el fuerte realismo que el autor tiene empeño en poner de relieve en estos tipos. No hay en estos personajes y aventuras —y tal es el propósito de Juan de Luna— una reprobación moral del ambiente social de la época. De ahí la falta de moralidad o intención moralizadora del ambiente que contempla el autor.

Junto al desenlace del episodio con la alcahueta, ocurren numerosas peripecias que acercan a Lázaro a la delincuencia. Así, por ejemplo, este Lázaro tiene que huir de Madrid para escapar de que lo castiguen por su falta de honzadez; contempla la vida con un desenfado de delincuente y se jacta de que su habilidad para el cambio de ambiente social no es menor de la que mostraba en su adolescencia: «Salí de Madrid con intención de irme a Tejares por veer si, tornando al molde, la fortuna me desconocería» (C y L, pág. 756).

Convertido de nuevo en pícaro genérico sale Lázaro de Madrid esperando que si mudara tierra y oficio mejoraría su suerte. Agriado por la vida, desengañado y cínico, ansioso de refugiarse en algo que diera sentido a su vida y le salvara de los duros golpes recibidos, toma el camino de Valladolid. Solo, pobre y desamparado, Lázaro se encuentra con un grupo de gitanos y abraza su compañía en clase de pícaro errante y libre. No se presenta ante los gitanos como aprendiz del oficio picaresco. Luego que entra en esta cofradía de perpetuos andariegos y ladrones, éstos le llaman «hermano» (C y L, pág. 757). Y cuando Lázaro les cuenta su vida, los gitanos le dan importancia y respeto con una frase adecuada: «...siendo ella [su vida] tal que pide antes admiración que risa y pues tan por extenso nos ha dado cuenta della, justo es le paguemos en la mesma moneda, confiándonos de su prudencia, como él ha hecho de la nuestra» (C y L. *loc. cit.)*. En este episodio los tipos de gitanos y el ambiente social están admirablemente intuídos.

Lázaro se acomoda al ambiente gitanesco, que se puede considerar en cierto modo como boceto de la *Gitanilla* de Cervantes Sólo en esta *novela ejemplar* y en el *Coloquio de los perros*, aparecen los gitanos en acción. En la *Gitanilla* los gitanos no hablan. Cervantes sustituye el diálogo con lo discursivo; pero en *Rinconete y Cortadillo*, tal como en el ambiente gitanesco de esta *Segunda parte*, los gitanos hablan, no solamente con propiedad a su naturaleza, índole de modo de vivir, sino refiriéndose a las inclinaciones gitanescas, modo parasitario y arte de disimulo.

En el elocuente discurso de la «gitana flamante», (C y L, pág. 758) Lázaro penetra en muchas cosas que conciernen a las

costumbres sociales gitanescas: ¡Qué rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y trato!» (C y L, pág. 763). Habla de una fiesta donde salían «los gitanos a bailar y voltear» (C y L, pág. 760); indica que hay pícaros que se acomodan con gitanos y se «cuentan su vida y milagros» (C y L, pág. 763) pretendiendo persuadirse que lo pasado es entretenimiento; alude a las inclinaciones ladronescas, a sus muchas malicias y a sus embaimientos y embustes que ejercen tanto los gitanos como gitanas (C y L, *loc. cit.*).

La enumeración de las costumbres gitanas, y en general de la época, aparte lo ya dicho, tienen sus precedentes donosísimos en los recuerdos literarios de novelas picarescas contemporáneas a Juan de Luna. Hay descripciones del ambiente social para suponer que el recuerdo de alguna lectura picaresca y, en particular, de las *novelas ejemplares* de Cervantes guiase la mano del autor de este *Lazarillo*. Lo descubre el relato de la «gitana flamante» en el cual abundan las alusiones a la «gitanilla Preciosa» que, como ésta, por su belleza y donaire, enamora a cuantos se detienen a verla: «El alguacil mayor estaba también enamorado de mí, y había encargado a todas las guardas, y al mismo alcaide, tuviesen cuenta con mi regalo, y que nenguno me traspusiese» (C y L, pág. 759).

Apreciando las influencias literarias que le abrieron el camino, Lázaro termina su observación sobre las costumbres gitanas como aquella famosa declaración de la *Gitanilla* de Cervantes. Dice Lázaro antes de despedirse: «Espantábame mucho cómo la justicia permitía públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades» (C y L, pág. 763).

Cuanto hace, dice, ve y opina Lázaro con los gitanos, es tanto y algo más de lo que hubiera hecho, dicho y visto el Lázaro primitivo. El de Luna, aunque critique las costumbres de los gitanos, se acomoda al concepto común de la vida sin preocupación moral. Su encuentro con este pueblo y ambiente social tan singular, constituye para él una intimidad sociológica, un

deseo de ingreso en un ambiente social parecido al suyo, en el que la movilidad y la inestabilidad constituyen encubrimiento y disfraces a la mendicidad y a la delincuencia. Los gitanos no son amigos ni enemigos de Lázaro, sino cómplices de sus bellaquerías.

Después de una temporada en compañía de los gitanos, sale Lázaro en busca de mejor fortuna. Le acompaña un sentido patético y grotesco. La forma de su peregrinación por la meseta castellana encubre tres sentidos: el dolor, el desengaño y la poesía. El dolor y el desengaño de sus aventuras se contraponen a la poesía, que en el alma de Lázaro representa lo cósmico, las estrellas, lo inalcanzable, y por consiguiente, la fortuna que busca Lázaro en su vida errante. Estos sentidos antitéticos que acompañan a Lázaro en su peregrinación por España se contraponen los unos a los otros concretándose en la síntesis de su personalidad que se dilata a menudo en sus interminables peripecias y diabluras de pícaro genérico.

La fricción con la delincuencia por parte de este Lázaro no termina con su ingreso en el ambiente gitanesco. En un mesón de mala fama, cerca de Valladolid, Lázaro se encuentra con el galán, la doncella y la alcahueta de Madrid. Lázaro simula no verlos y sigue comiendo en silencio aquel «cabrito que parecía piedra de imán» (C y L, pág. 765). De repente entran los dos hermanos de la doncella en el mesón. El mundo por fuera se transforma en el mundo por dentro. Esta escena tiene una luz deslumbrante. El claro del día sirve de contraste al color del interior de la venta, que es el negro. El silencio de la venta es cortado como un relámpago por la desenfrenada gritería de los hermanos: «¡Aquí están, aquí las tenemos, aquí morirán!» (C y L, 767), produciendo una dinámica agitación que cambia el cuadro. Incapacitados para escaparse por ventanas y puertas, Lázaro se sirve de un expediente para salvarse de la situación; grita que los dos hermanos y su criado son «ladrones que venían siguiéndonos para robarnos» (C y L, pág. 768). El ventero es burlado porque se somete a la voluntad de Lázaro. «¡Ladrones en mi casa¡» (C y L, pág. 768), afirma el mesonero. Lázaro le engaña, y engañados son también los dos hermanos y el criado

de la doncella que son enviados a «galera donde se les pasaron los fieros y bravatas» (C y L, pág. 769).

En este pequeño mundo de la venta se concentran diversos elementos y aspectos del mundo social, muy frecuentes en las novelas de la época de Juan de Luna. El mesonero es mentiroso, ladrón y ratero. Lázaro es un pícaro desengañado y cínico que engaña por no ser engañado. Daña con perfecta conciencia de lo que hace. Es ofensivo y no tiene lástima de la suerte de los hermanos: «por la poca que de mí habían tenido» (C y L, pág. 769); la doncella acaba en un barrio para los devotos de Venus; la vieja alcahueta continúa ejerciendo su oficio en Valladolid (C y L, pág. 770).

Por lo visto, en su aspecto sociológico y positivo, la exposición de este episodio celestinesco y su centro de actuación urbano es un cuadro de verdadera lástima al que va ligado el afán insaciable de placeres y dinero del mundo burgués.

Otra vez Lázaro se encuentra sin techo y sin dinero que lo proteja y no tiene más que dedicarse al arte bribiático. Lo que ocurrió con la doncella madrileña, al dedicarse a la prostitución, ocurre en la mendicidad de Lázaro, de tal manera que cada uno tiene su modo de vivir que se traduce en arte propio.

Prostitución, mendicidad y tendencia hacia la delincuencia, coinciden más que nada en las aventuras de este Lázaro por depender éste de un ambiente maleante y apiñarse en aquellos centros urbanos, que en la época de Luna eran baluarte para el vicio y la delincuencia.

En Valladolid este Lázaro frecuenta el Prado de la Magdalena, lugar de escándalo y teatro de mil aventuras equívocas: «Muchas veces», dice Lázaro, «encontré en el Prado de la Madalena a las dos amigas, sin que jamás me hubiesen conocido» (C y L, *loc. cit.)*.

Pobre y desamparado, con tendencia de pícaro a la holganza, Lázaro se arrastra por las calles de Valladolid. Quiere simular el trabajo o vivir del trabajo ajeno: «siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando» (C y L, pág. 773). Bien se echa de ver que este Lázaro es un holgazán que contempla la vida con un desenfado de delincuente.

Sus últimas aventuras forman un círculo de decadencia, raterías leves, pero no delincuencia en el sentido preciso de la palabra. Este Lázaro roza la delincuencia, pero nunca llega a ser criminal o bandido de profesión.

Por su tendencia a la holgazanería, este Lázaro no cambia de amos como el primitivo. La vida de este Lázaro es un incesante cambiar de oficio, cualidad que adquiere por su conocimiento empírico de la vida.

4. *Lázaro escudero. Cinismo.*—Pretendiendo ser escudero de profesión, Lázaro se encuentra con una moza de buen porte, que afectando ser señora de alto copete, le pide a Lázaro ser su escudero con tal de que éste sirva también a otras seis mujeres. Enarca las cejas Lázaro y pregunta qué hay que hacer. Respóndele que «acudiese cada día dos veces, una a las ocho de la mañana, y otra a las tres de la tarde, para veer si [ella] quería salir de casa». Y como Lázaro no tiene un «maravedí», se pone bajo la tutela de estas siete mujeres porque ve el interés pecuniario sin el mínimo esfuerzo manual: «en cinco días tuve siete amas, y de ración siete cuartos. Comencé a comer espléndidamente, bebiendo no de lo peor» (C y L, pág. 774).

Le gusta el plan de vida que estas mujeres le exponen y en poco tiempo se convierte de pícaro profesional en buen escudero, criado y hasta alcahuete.

Las aventuras de este Lázaro con las siete mujeres son un tejido de intrigas amorosas entre mujeres adúlteras, maridos resignados o explotadores, y solteras peligrosas que hacen tráfico inmoral de su cuerpo.

Frecuentador de este ambiente, Lázaro participa por acción de presencia en los asuntos de infidelidad femenina y soltura de costumbres. Su participación es importante porque nos muestra su relación y su reacción con el ambiente lascivo en que se mueve. Su condición de pícaro degenerado no puede ofrecer ningún aporte moral o contribución eficaz de sí mismo para evitar las consecuencias de la inmoralidad delincuente. Frente al amor natural que contempla Lázaro, nace la imagen del ambiente que es lo ínfimo. El ambiente y Lázaro no se oponen el uno al otro, se asimilan. Son dos elementos del mismo origen

reproducidos por una imagen sin diferencia de grado, de cuya unión surge el tono cínico y desvergonzado con que Lázaro comenta ciertos sucesos. Para Lázaro la contemplación de este ambiente es asunto de regocijo. El largo tirocinio de criado y alcahuete le proporciona cierto adiestramiento práctico en relatar cosas del comercio sexual. Es notable la desvergüenza y el cinismo con que relata el convite de las seis damas y los doce galanes. Es un lamentable caso de cinismo que se encuentra en pocas novelas picarescas. En este relato se observa el cinismo, ya que los individuos que participan en el acto sexual están descritos sin ninguna reprobación moral por parte de Lázaro. Lázaro aborda la pornografía. Nos presenta un caso claro de sexualidad con una complacencia de cínico: «Digo que la violencia de su acción había hecho rodar la cuba, y fue causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacían en secreto. Sacáronlos fuera; él parecía a Cupido con su flecha, y ella a Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los había parido, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habían tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habían metido en aquella cuba vacía, donde proseguían su devoto ejercicio» (C y L, pág. 782).

El relato de Lázaro termina en punta con la llegada de la justicia que sirve de contraste para cortar este escandaloso episodio. Dicho brevemente, una reacción que va a parar a estas exageraciones indecorosas. Lo lícito y la justicia se contraponen el uno al otro formando una dualidad de pecado y de confesión que se funden en antítesis violenta para terminar en una extraña unidad.

Después de los palos y golpes recibidos en el convite por su falta de honradez, Lázaro sale más fuerte que nunca. Endurecido por su marcado cinismo, no deja que la sensibilidad de su vida penetre en su corazón. Por eso, no pierde la iniciativa para nuevas diabluras.

5. *Lázaro ermitaño. Cobardía. Sacrilegio.*—Lleno de hambre y de ansia por los empleos vagos, Lázaro huye de la sociedad en busca de un oficio que diera sentido a su marcado cinismo.

Se encuentra en la calle con un ermitaño vicioso [10] que tiene un exterior devoto que engañaría fácilmente si no se acompañase de tantas acciones indecentes. Este ermitaño no es sacerdote ni tampoco sincero devoto, sino, como la mayoría de los ermitaños que andaban entonces por los libros, falso romero, arraigado en los vicios más repulsivos, engañando con su fama de santo.

Lázaro se consuela con las promesas del ermitaño: «Este es, hermano, el paraíso terrestre; aquí contemplo en las cosas divinas y aun en las humanas; aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento; aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa; aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo; aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste; aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo; aquí pienso en mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí finalmente es donde todo se ignora y todo se sabe» (C y L, pág. 788).

Este discurso es una invitación para que Lázaro cambie de vida y se haga ermitaño; una invitación para colocarse al margen de la sociedad y ocultar su cobardía.

El ermitaño compone contraponiendo dos modos de vida opuestos. Deslinda, separa, muestra diferencia y calidades distintas. Lázaro le escucha en calidad de aprendiz de la vida eremítica. Quiere hacerse ermitaño, esperando que en la oscuridad de su modo de vivir ruidoso se filtre por fin la paz y la luz capaz de libertarle de las tinieblas. Al aceptarla, Lázaro crea ese equilibrio tan característico de la época barroca, esa armonía entre elementos heterogéneos que hace surgir un tipo nuevo y una actitud de la vida, la cobardía.

La muerte viene a llamar al ermitaño como una disposición del cielo. Lázaro le incita a que haga un esfuerzo para continuar

[10] Es acertada la explicación que L. Pfandl ofrece de los ermitaños al escribir: «que eran a veces falsos devotos y llenos de los vicios más repulsivos». Los ermitaños que campean por las páginas de las novelas picarescas y aún en *Don Quijote* no son pocos, y suficientes para delinear un carácter propio e individualizado. *Historia de la literatura española en la edad de oro* (Barcelona, 1933), pág. 317.

viviendo. Al ver que no mejora, Lázaro le induce a que le nombre su «único y legítimo heredero» (C y L, pág. 790); el ermitaño le oye con sosiego, sin saber exactamente lo que pide Lázaro, en seguida comienza el círculo de «sí, sí, sí», a que los moribundos están acostumbrados a acentuar antes de despedirse para la vida eterna.

Lázaro no halla necesidad de encontrar causas a su muerte que nadie entiende. Aquí muerte y vida se complementan como movimiento a la actitud de Lázaro ante la vida. Lázaro que desprecia la vida, ve en la muerte del ermitaño un mundo que le tranquiliza, un ciclo de vida completamente unido a la muerte, a la otra vida. Lázaro es hombre del Barroco, siente lo eterno, lo infinito sin llenarlo de cosas. Observa la muerte del ermitaño para esencializarla, desconcretizándola, para sacar de ella lo que le parece la verdad de la vida.

Si ahora nos detenemos un rato para considerar cuáles son los elementos que componen las últimas aventuras de este Lázaro, la cobardía y el sacrilegio deben ser colocados en un lugar de suma importancia en relación a su actitud ante el ambiente social en que se mueve. Junto a estos dos elementos de índole psicológica hay una terrible mezcolanza de engaño, hurto, desvergüenza y sadismo que son muestra acabada de la atmósfera vital de este Lázaro en las últimas aventuras de su vida.

Por ejemplo, Lázaro muestra ser gran engañador. Luego que oye al ermitaño decir que la muerte le está cercana, le engaña para conseguir sus bienes de una manera vergonzosa; abraza voluntariamente la carrera de ermitaño en su modo de andar y hablar; se manifiesta en público con tono de gravedad, pidiendo limosna, no por necesidad, sino para disimular el hurto, llegando a ser el prototipo de ladrón y devoto tan frecuente en la literatura de la época.

Calderón escribe en *La devoción de la cruz:*

> *... !Las devociones*
> *nunca faltan del todo a los ladrones!*

En *Rinconete y Cortadillo,* Rinconete pregunta a Cortadillo:
—¿Es vuestra merced por ventura ladrón?

—Sí, responde Cortadillo, para servir a Dios y a las buenas gentes [11].

Esta vida irregular y delincuente, característica latente en este Lázaro que él mismo, con menor eufemismo la considera más la de un «salteador de caminos que de hombre honrado» (C y L, pág. 788), no se detiene con el engaño y el hurto. Hay en las últimas aventuras de este Lázaro una malsana complacencia de manchar la religión con sus propios excesos.

Disfrazado de hombre religioso, Lázaro entra en una de aquellas casas *non sanctas* en la que se capta todo el desorden del ambiente, de los sentidos, del mundo social y moral, cuando el hijo de la sedicente esposa del ermitaño exclama al ver a Lázaro vestido de fraile: «Mamá, esto no es papá» (C y L, pág. 796). Al ver la esposa del ermitaño, Lázaro es cautivado por los encantos de la mujer, que arrebatado en súbita y creciente atracción física, en rápidas resoluciones quiere hacerla su esposa.

Pero, este Lázaro, como la mayoría de los pícaros en la época de Luna, incapacitado para sostener una pasión ardorosa por su escasísima experiencia amorosa, quiere casarse con la esposa del ermitaño sólo para conseguir un modo de vivir seguro, contando hacer granjería de los encantos de su esposa; pero aquí, como casi siempre sucede a los pícaros, Lázaro sale burlado de la sedicente esposa del ermitaño y sus amigas, al extremo de parecer él mismo «un loco» (C y L, pág. 805).

En este episodio hallamos un afán de espectacularidad y una falta absoluta de moral. Hay en él un anhelo vehemente que revela un temperamento que se satisface con el exhibicionismo, latente en este Lázaro a pesar de su continuada persistencia en el disfraz y cambio de oficio que se manifiesta en su manía ambulatoria. Este exhibicionismo se revela cuando Lázaro se reúne con la esposa del ermitaño y un grupo de niñas alegres que le hacen las más pesadas burlas para comprobar su idoneidad al matrimonio. Las burlas y las risas de que es víctima Lázaro van rodando en un *crescendo* lleno de acción que ennegrece aun más el ambiente. Hay una gran movilidad, que

[11] Cit. por José Deleito y Piñuela, *La mala vida en la España de Felipe IV* (Madrid, 1951), pág. 105.

llega al exasperado sadismo femenino. En este cuadro vemos lo animal, los instintos de la baja naturaleza. Desnudo, Lázaro cae en una cama: «Quedé como un San Andrés aspado» (C y L, pág. 803). Al verse enfrentado con el peligro de verse cortado aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, sale corriendo de la casa sin ropa y entra en una iglesia lleno de sudor y susto; hecho pedazos. Si observamos la pintura de este cuadro, de su moral y de su significado, descubrimos dos características típicas de la época de represión: el contubernio con la religión y el sadismo. La expresión más atroz de esta degeneración nos la dan las últimas aventuras de este *Lazarillo* de Juan de Luna, en el que se agrupan, además de la cobardía, la codicia y el cinismo, por parte de Lázaro, sacrilegios sexuales en el ermitaño y en Lázaro. Hay en este Lázaro una suerte de intención oculta de manchar a la religión con actos obscenos, como venganza subconsciente a la enérgica represión que la religión ejercía sobre el libertinaje y la inmoralidad de la época del autor.

6. *Curiosidad por el paisaje castellano.*—Otro aspecto que sin ser bastante definitorio del carácter de este Lázaro, pero que arroja luz para la comprensión de esta alma inquieta y andariega, es la curiosidad por el paisaje castellano.

Recorre Lázaro un itinerario largo y fatigoso, desde Madrid a Valladolid: ciudades importantes de la España Imperial. Pasa por el Escorial —y de él anota impresiones de curioso pasante: «Edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacía (porque aun no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá dél que la amenidad del sitio ha convidado a edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero bien la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con sólo ponerse a la sombra, la calor no enfada ni la frialdad ofende, siendo por estremo sano» (C y L, pág. 756).

La curiosidad por el paisaje castellano no existe casi nunca en la novela picaresca anterior a Juan de Luna [12], porque en

[12] Vicente Espinel, en *La vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), se limita a observar la naturaleza del trópico y del paisaje de Ronda, Málaga e Italia. En su descripción se descubre la emoción del paisaje

este género el interés humano ahoga a toda otra preocupación circunstante. El sentimiento de la naturaleza es una impresión moderna, empieza en el siglo XVIII. Es un legado romántico. A este Lázaro de Juan de Luna se le deben las primeras miradas curiosas sobre la meseta castellana. Por medio de ellas Lázaro puede ocultar la maldad y la miseria del ambiente en que le toca actuar. Es sincero. Su descripción es humana, y aunque muy corta, tiene el sentido de la confesión de un alma inquieta y atormentada de poeta que se transforma en pícaro genérico. Por eso, en la *Segunda parte* de Luna, el interés sobre el paisaje se esfuma ante la descripción narrativa. A Lázaro le interesan los hombres y las costumbres, más que el paisaje. Prefiere la vida disoluta y desaprensiva del pícaro. Penetra en la ruta de Valladolid para extraviarse en la picardía. Los ejemplos que hemos ilustrado son numerosísimos.

RESUMEN DE LO EXPUESTO

Estas transformaciones que sufre Lázaro, bajo la pluma de Luna, de pregonero de vinos en soldado, de soldado en pícaro, de pícaro en ganapán, de ganapán en escudero, de escudero en ermitaño, son aventuras sueltas del Lázaro que Luna intercala para atraer la atención del lector a precio de eventos extraordinarios.

Los repetidos y cortos ataques contra diversos tipos de la sociedad que se encuentran en estas aventuras de Lázaro le impiden al autor producir una obra comparable al *Lazarillo de Tormes* (1554). Su crítica contra las diversas facetas de la sociedad española revela su anhelo y deseo de hacer una caricatura del pícaro y de los personajes que le rodean. Esta técnica de transformación le da tanto a la novela de Luna como al personaje central de la obra, en su sentido de finalidad, algo que no se encuentra en el *Lazarillo* primitivo. El ejemplo de transforma-

---

que se esfuma ante el interés narrativo. Para más detalles, vid. Joseph L. Laurenti, Impresiones y descripciones de las ciudades españolas en las novelas picarescas del Siglo de Oro», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (Enero-Diciembre, 1964) núms. 1, 2, 3 y 4, págs. 309-326.

ción psicológica más característico lo encarna el personaje principal de la *Segunda parte*, es decir, Lázaro.

¿Cuáles son estas cualidades en que difiere el Lázaro de Luna del Lázaro primitivo? Luna, en su *Segunda parte*, ha sacado un tipo de archipícaro que por ser tan diferente (en cuanto al tono lascivo y cínico con que relata parte de sus aventuras) del Lázaro primitivo y de todos los otros pícaros que entonces andaban por los libros, se podría considerar como rey de los pícaros, y por tanto muy distinto de su homónimo de Tormes.

Lázaro de Luna hace una vida escandalosa. Se asocia con archipícaros, rufianes, mancebas, gitanos. Es ducho en tercería y encubrimientos. Con frecuencia entra en bodegones, tabernas, burdeles, mancebías y calles que son teatro de continuos lances, cuchilladas, asaltos, baraterías, atropellos y heridas.

En cuanto a oficio y ejercicio, al contrario del Lázaro primitivo que anda de amo en amo para satisfacer su hambre, Lázaro de Luna, para tener el empírico conocimiento de la vida y por no ser el hambre la causa fundamental de su vida errante, no cambia de amo, sino de oficio. Es pregonero de vinos, soldado aventurero, ganapán, escudero y ermitaño.

Hay en toda la vida de este Lázaro un afán ambulatorio que se manifiesta en cambio de oficios y lugares. En esta cualidad de pícaro, de Toledo pasa a Cartagena, de allí se embarca para Argel, naufraga; vuelve a Toledo donde pleitea con el Arcipreste. De Toledo pasa a Madrid donde se encuentra otra vez con el escudero toledano que es víctima de la desvergüenza y cobardía villana de este Lázaro. De Madrid huye a Valladolid.

El largo peregrinaje por España y el deseo de irse a Argel, el incesante cambiar de oficio y lugares revelan su manía ambulatoria —una inquietud de aventuras que no se satisface nunca—. Siempre busca pretextos para nuevas reyertas. En este sentido está dentro de la vertiente del Barroco.

Su itinerario ambulatorio de pícaro genérico le lleva a determinados lugares de vida maleante dentro de las ciudades: plazas, callejones y barriadas. Lugares que hicieron inmortales a los héroes de las novelas picarescas contemporáneas a este Lázaro.

En Toledo, por ejemplo, como en el *Guzmán de Alfarache*,

le da celebridad la Plaza de Zocodover, lugar de escándalo y de riñas. En Madrid, como en la *Hija de Celestina* y *El juez de los divorcios*, de Cervantes, es preferido por este Lázaro la Puerta de Guadalajara y la Puerta del Sol, entonces foco de mala vida y baluarte del picarismo de la época en los que hizo su entrada también Guzmán de Alfarache. En Valladolid frecuenta Lázaro el Prado de la Magdalena, calle que abundaba en burdeles y guaridas de gente maleante [13].

Lázaro primitivo es pícaro de la meseta castellana. No frecuenta lugares de vida escandalosa por el estilo del Lázaro de Luna. Su itinerario ambulatorio se limita entre dos ríos: el Tajo y el Duero. Los males que describe son el hambre y la avaricia. Con el Lázaro primitivo hay optimismo y rehabilitación. Con el Lázaro de Luna no hay optimismo, sino pesimismo, degeneración; no es la miseria del hambre, de la avaricia, como en el *Lazarillo* primitivo, sino miseria social que es reflejo fiel de la España de Felipe III. Este Lázaro de Luna parece haber nacido para ser pararrayos de las adversidades que la época encierra: la torpeza de los jueces, la incompetencia e ignorancia de la inquisición, la rapacidad de los mesoneros, la infidelidad de las mujeres, la inmoralidad de ciertos clérigos, frailes y monjas, aunque él mismo llegue a pecar mucho más de lo que critique. Por eso es más observador, más razonador y más pecador que el Lázaro primitivo.

Al Lázaro de Luna le falta el decir sentencioso del Lázaro primitivo. Con su habladuría se desintegra por completo de las creencias a que se hallaba sometido el Lázaro primitivo y fragua proyectos de nuevos modos de vivir (C y L, pág. 740). Tiene una manía razonadora, que cuadra más bien dentro de las formas de degeneraciones mentales inferiores, como sus excitaciones y depresiones. Es impulsivo y emocional en todo.

Otros rasgos del Lázaro de Luna establecen, sin embargo, un ancho parentesco con Guzmán de Alfarache. Relata sus aventuras en forma autobiográfica; no siente hondo afecto por su familia y su patria; tiene una filosofía cínica de rebeldía al bur-

---

[13] Véase José Deleito y Piñuela, *op. cit.*, pág. 181.

larse de las leyes y convenciones sociales; es cobarde, huye de noche de los pueblos y ciudades para escapar de que lo castiguen por su falta de honradez; contempla la vida con un desenfado de delincuente; no se arrepiente de sus maldades.

Sus características son: la vanidad, la soberbia, la holgazanería, la socarronería, la cobardía, la codicia y el cinismo. Es sacrílego y aborda la delincuencia, pero no es criminal o bandido de profesión. Se inclina a hurtos de importancia sólo si la ocasión se le ofrece propicia, como en el caso del ermitaño.

Lázaro primitivo es ladronzuelo, pero siempre deseoso de trabajar. Lázaro de Luna cuando hurta y engaña es para no trabajar.

¿En qué se asemeja Lázaro de Luna a Lázaro primitivo?

Ambos son vagabundos porque por fuerza de las circunstancias no pueden ser otra cosa. No son de ninguna manera mujeriegos ni borrachos, ni tienen amigos o amigas que los puedan ayudar. Lo que es propiamente esencial de los dos es que ambos tienen rasgos de anticlericalismo, más acentuado en el Lázaro de Luna que en el Lázaro primitivo. No tienen vuelos imaginativos, no son completamente subjetivos. A su robusta individualidad se inyectan rasgos externos de la vida, que cristalizan su subjetivismo inicial en una serie de reacciones de carácter general que objetivizan su conducta. Sus convicciones, sean lo que sean, son sólidas e irreductibles, ni vacilan, ni transigen. Ambos tienen una actitud estoica ante los infortunios de la vida.

El *hidalgo*

Hemos observado la tendencia de Luna a descomponer las características del *Lazarillo* primitivo y hemos visto cómo, finalmente, se constituye la antítesis. Esta característica, tan persistente en la *Segunda parte*, tiene un considerable valor psicológico, porque indica la forma de constitución que tiene la obra de Luna, que puede seguirse en todo el proceso evolutivo de los personajes principales, y puede descubrir la misma entraña de las cualidades del autor que la escribió.

Como caso paralelo a este aspecto de oposición al *Lazarillo* primitivo debiera considerarse también el hidalgo de la *Segunda parte*. La presentación y caracterización del hidalgo toledano por Juan de Luna son radicalmente opuestas a las del hidalgo primitivo. En la obra renacentista brotan todavía, con penetrante lucidez, el exaltado ilusionismo y la casi delirante sed de nobles ideales que acosan al hidalgo que, por su propia experiencia, no sabe enfrentarse con la crudeza implacable del ambiente realista que le despoja del perfume legendario de hidalguía. Y no obstante, Lázaro le mira con respeto, hijo de su natural bondadoso. No le alaba ni le ataca, sólo siente lástima porque vive en un mundo corrompido por el hambre y la hipocresía, en un mundo de holgazanes que retrata la trágica atalaya de Lázaro. En el ambiente de Lázaro el sentido de honor y el concepto de hidalguía no son más que una sublime quimera.

Aunque por sus virtudes estoicas, sus creencias religiosas, su culto a la fidelidad y al honor, este escudero toledano encarna una de las figuras más dignas de respeto, el sentido de honor, no puede subsistir frente a los embates del ambiente en que se mueve. Lázaro sabe que en este ambiente el honor no es más que una invención soñada porque los nobles ideales conducen fatalmente al despertar de amargos fracasos.

Juan de Luna al resucitar al hidalgo toledano, casi setenta años después de su primera aparición, le coloca en un escalón más bajo que el mismo Lázaro de la *Segunda parte*, cuyo significado se debe, en parte, al vigoroso realismo español que desde 1554, hasta 1605, con la publicación de la primera parte del *Quijote*, había influído en el concepto y en el sentimiento de hidalguía. Luna lo reconoce así al quitarle al hidalgo toledano aquel ideal señoril que tanto le caracteriza al *Lazarillo* primitivo.

También en la época de Luna muchos hidalgos eran desordenados, vagabundos, vanidosos... y, sobre todo, iba desapareciendo el comedimiento y la mesura [14]. En fin, el hidalgo más desordenado de la literatura de la época de Juan de Luna, aunque sea el más discreto loco del mundo, es don Quijote.

---

[14] *Ibid.*, págs. 156 y sig.

Con esto no nos proponemos afirmar, como afirmaba Ludwig Pfandl que: «Con el nuevo siglo cambian de suerte, carácter y figura del caballero andante. Ahora sigue su camino como pícaro andrajoso y harapiento. La armadura se trueca en agujereado perpunte, el yelmo en viejo sombrero, la espada en sólido cuchillo» [15], sino que hidalgos y pícaros eran tipos humanos que por la fuerza de las circunstancias tenían que convivir en la misma época, es decir en el siglo XVII, y en las mismas poblaciones, pero cada uno en distintos niveles de la escala social.

El hecho de que en la *Segunda parte* el hidalgo degenere en vil pícaro y ladrón, no quiere decir que en la España del siglo XVII hubieran dejado de existir hidalgos animados de las más altas virtudes e ideales castellanos. Esto lo demuestra la caracterización que nos da Cervantes del hidalgo don Diego de Miranda en el *Quijote:*

> ...es un hidalgo más que medianamente rico; pasa su vida con su mujer, hijos y amigos; caza y pesca, pero no mantiene halcones ni galgos, tiene hasta seis docenas de libros de romance y latín, de historia y devoción de los que lee con más gusto los paganos que los devotos; convida muchas veces a amigos y vecinos, y alguno se deja convidar; no murmura ni lo permite delante de él; respeta a los demás, no trata de escudriñar sus vidas; oye su misa diaria; parte sin alarde de sus bienes con los pobres; no da entrada en su ánimo a la hipocresía y vanagloria; busca paz entre los desavenidos, es devoto de Nuestra Señora y confía en la misericordia de Dios [16].

Por el contrario, en la *Segunda parte* de Luna vislumbramos al hidalgo toledano como a un pícaro. Lázaro y el hidalgo ni se oponen entre sí ni se diferencian el uno del otro. Ambos son de la misma índole. En la mano de Luna han sido convertidos en pícaros genéricos que podrían ser tan hermanos gemelos del Guzmán de Alfarache como de Rinconete y Cortadillo. El robo y todo linaje de excesos, hallan propicio ambiente y considerable desarrollo en este villano episodio del escudero toledano.

La transformación viva del sentido de honor del hidalgo, en la *Segunda parte*, empieza cuando, por exceso de concurrencia

---

[15] Ludwig Pfandl, *op. cit.*, pág. 291.

[16] Cit. por Alonso García Valdecasas, *El Hidalgo y el honor.* (Madrid, 1948), pág. 54.

de muchos huéspedes a la venta, Lázaro invita al hidalgo a acomodarse en su mismo lecho. En este proceder Lázaro se abandona a la tranquilidad del sueño; en el momento de mayor reposo, el hidalgo se aprovecha del silencio y de las tinieblas que envuelven el cuarto para hurtarle la ropa y el dinero.

La nota fundamental que percibimos en este episodio se sobrepone al sentimiento de honor que acompaña al hidalgo del *Lazarillo* primitivo. Luna, al negarle el sitio y ventaja que ocupaba el hidalgo en aquella obra da muestra acabada de desprecio hacia el sentido del honor. El mismo Lázaro de la *Segunda parte* habla del hidalgo con osadía. Lo que quiere hacer Lázaro de Luna es deshonrar al hidalgo toledano con una sola acción que sea notoriamente contraria a su estado y condición. Pero encontramos en este episodio un principio dificultoso de aceptar. ¿Cómo creer que por cometida una acción mala queda irrevocablemente sellado el carácter del hidalgo?

La luz que iluminaba la nobleza y bondad del hidalgo toledano que había acogido a Lázaro en su casa con amor y simpatía, aparece en este episodio de la *Segunda parte* contagiada de la sombra del Barroco. Esta equivocada interpretación que nos da Luna en su secuencia está dentro de la deformación social del espíritu de la época. Luna rebaja, degrada y transforma el honor, la posición y la fama del hidalgo renacentista con la manifestación social de la época en que la escribió, y por eso muy lejos del sentido de honor que impera en el *Lazarillo* primitivo.

Las mujeres

En los personajes estudiados de la *Segunda parte*, Lázaro y el hidalgo, encontramos que la nota predominante en cada uno representa una acción parasitaria, que por ser parasitaria necesita vivir de las reacciones de otra acción, característica descollante en la literatura picaresca de la época de Luna.

Hecha esta observación pertinente a la finalidad del carácter de los personajes y su acción en la *Segunda parte*, vemos que los protagonistas principales aparecen conexionados del modo siguiente:

Lázaro = mendicidad
Hidalgo = delincuencia
Las mujeres = prostitución o deshonra.

De la descripción que de las mujeres se hace en la *Segunda parte* dedúcese que no son éstas dotadas de cualidades envidiables. El desprecio y la vehemencia con que Juan de Luna las describe es bastante para acusar al autor de misoginismo.

Si ahora queremos averiguar, empezando con la mujer de Lázaro para ver cómo Luna describe la mujer de aquél, en fuerte contraste con la descripción que nos da el autor del *Lazarillo* primitivo, la mujer de este Lázaro nos aparece como una de las más desenfadadas mujeres de la novela picaresca: «...una ramera, piltrafa, escalentada, matacandiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo a las mancebas de los clérigos» (C y L, pág. 735).

Comparada con la mujer del Lázaro primitivo, Elvira es el modelo inmortal de la mujer adúltera que coincide con los reflejos literarios de la indignidad marital que encontramos en la literatura de la época de Juan de Luna [17].

Las mujeres que nos presenta Juan de Luna pudieran formar una verdadera galería de sacerdotisas de Venus que aparecen como estrellas de funestos presagios que llevan a la ruina y a veces al destierro o a galera perpetua.

La mujer de Lázaro hace que su esposo sufra los cuernos, pierda su oficio de pregonero de vinos, sea desterrado de Toledo primero, y llegue después a convertirse en pícaro genérico.

Dura es también la experiencia del escudero toledano con la cicatricera abandonada de su amante. Aquí, el hidalgo sale burlado de los encantos de aquella ramera, al extremo de transformarse de hidalgo en ladrón.

[17] Quiñones de Benavente, Góngora, Lope de Vega, Villamediana, Salas Barbadillo, Santos, Bartolomé de Argensola y Quevedo han dejado cuadros animadísimos de los excesos de la indignidad marital durante la época de Felipe III. Quevedo refiere casos análogos en su *Carta de un cornudo a otro. El siglo de los cuernos*; Quiñones de Benavente, con su entremés *El marido flemático*, lamenta aquella misma inmoralidad; la obra de Salas Barbadillo, *El sagaz estacio, marido examinado* es un reflejo de esta escandalosa costumbre.

No menos amiga de Lázaro resulta también ser la joven soltera madrileña, que arrojada a la prostitución por el hambre y los palos, no encubre por cierto su desordenada conducta cuando le da un bofetón a Lázaro por no haber éste agradecido sus encantos.

Algo funesto tiene el episodio de Lázaro con la alcahueta y la doncella madrileña del capítulo XII. La astuta seducción que la vieja alcahueta emprende contra la inocente joven termina en punta, con la sentencia a galera perpetua para los dos hermanos y criado de ésta.

Junto a estas endemoniadas criaturas se vislumbra la «gitana flamante» con sus acciones vituperables. Encarcelada por sus travesuras, se jacta de su habilidad de mujer astuta para hacerse llevar a una fiesta. Ya terminada toda alegría desaparece como rata que teme al veneno para burlarse del alcalde y del alguacil, hombres tan humildes que no osan alzar los ojos hasta ella. En su conducta todo es malicia, ya que la descocada gitana se manifiesta bastante instruída de lo que no le debe ocurrir.

Las mujeres de esta obra no convierten el amor, como se ve, en una ficción ideal de la vida, sino en un desorden de las facultades del alma. No conocen, ni pueden siquiera interpretar o alcanzar formas elevadas del amor humano; toman el amor como una experiencia secundaria en sus agitadas vidas. Semejante caso nos lo ofrece la viuda del ermitaño al quererse casar con Lázaro. Busca el matrimonio como un descanso a su fatiga, por necesidad, no por amor, después de haber trajinado una vida escandalosa. Como dice ella: «Mi vida, dime dónde están los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre» (C y L, pág. 802). Y cuando los consigue, realiza toda suerte de bellaquerías para burlarse de Lázaro y de la promesa de matrimonio que le había hecho a éste en el modo más ínfimo que mujer alguna lo haya hecho en la historia de la novela picaresca.

A la luz de esta actitud, representativa en la mayoría de las mujeres que aparecen en la *Segunda parte* de Luna, ante el amor y el matrimonio, nace la acción y el movimiento, cuyo dinamismo lo crea la necesidad de prostituirse. Lo que ocurrió con la mujer de Lázaro, al sentir la necesidad de prostituirse por el afán del

lucro, llega al extremo de convertirse en caricaturas o alegorías. Aparece ante nuestros ojos bajo una luz lívida que pone de realce los lados malos de las mujeres y deja hundirse en las sombras los buenos, crea una sensación fantasmagórica, es decir, de lo que efectivamente no es común en las mujeres, aunque lo sea en el mundo social de esta *Segunda parte* de Luna.

Casos análogos los ofrecen las siete mujeres a quien Lázaro sirve de escudero; las cuales ni siquiera necesitan nombres, ya que basta decir *la mujer del sastre,* para que en ella se vea a una señora casada del «mal vivir»; a *la mujer del zurrador,* para que pensemos en los deslices femeninos; a *la mujer del hortelano,* para que nos imaginemos a una adúltera estafada; a *la sobrina* de ésta, para que se perciba a una moza de partido; a *la mondonguera,* para que se ostente a una soltera con sentido equívoco; a *la viuda del corchete,* para que en ella se descubra a otro sujeto oculto de este círculo equívoco, y, por último, a *la beata,* para que a ella se le achaquen sacrilegios sexuales que, como dice Lázaro de esta última: «jamás hacía sino visitar frailes, con quienes cuando estaba a solas, no había juglar como ella» (C y L, pág. 775).

Vemos, pues, que en esta terrible descripción que Luna nos hace de las mujeres, el autor se deleita en presentar lo sensual de una manera grotesca y horrenda. El resultado que dejan las acciones de estas mujeres nos infunde una visión del ambiente dominado por el pesimismo y los golpes, ya que esta clase de inmoralidad delincuente da frutos terribles que sirven de complemento a los que rodean a estas mujeres. Típico es el caso de Lázaro con el esposo de la desvergonzada cónyuge del sastre, el cual, al averiguar los deslices de su esposa, interviene en contra de Lázaro de este modo pintoresco:

> ¿Cómo —decía—, bellaco, alcahuete, no tenéis vergüenza de venir a mi casa? Aquí pagaréis las de antaño y las de hogaño (C y L, pág. 785).

Lázaro, que está en el umbral de ese abismo sensual, contemplando con complacencia las escenas de obscenidad brutal, sufre el resultado de las acciones del modo siguiente:

> Me mantearon tan a su gusto cuanto a mi pesar. Dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí, y me quise menear; caí en tierra, rompiéndome de la caída un brazo. Venido el día, poco a poco me fui a la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedía limosna a los que entraban (C y L, pág. 785).

Hechas estas observaciones pertinentes a la finalidad del carácter y acciones de las mujeres en la *Segunda parte* de Luna, vemos con claridad que el picarismo se une a la sensualidad de una manera nunca igualada en el *Lazarillo* primitivo. Las mujeres que desfilan en la *Segunda parte* viven en un ambiente sórdido e inmoral. Su psicología se proyecta desde la primera actitud hasta la última, en lo que no es más que una pajuela perdida en un torbellino. Luna maneja sin control estas mujeres que van y vienen como muñecas, las cuales dan cuerpo y voluntad a la psicología del autor.

Al contrario del *Lazarillo* primitivo, domina en esta *Segunda parte* un tono más frívolo, que parece tener sus precedentes donosísimos en los recuerdos literarios de otros autores. Hay indicios para suponer que las obras de Fernando de Rojas y Francisco Delicado guiasen la mano de Luna. Todas las mujeres que aparecen en la *Segunda parte* salen tan bien con el asunto del comercio sexual que, como diría Cervantes, pudieran leer cátedra en las facultades de la Celestina y de la Lozana andaluza. Desfilan ante nuestros ojos las mujeres más pintorescas de la cantera literaria española, pero con retoques, como la alcahueta, la mujer de Lázaro primitivo, la «gitana flamante», las mancebas y rameras, grupo bien definido de mujeres frívolas que con su *loco amor* no pueden ni siquiera saben encadenar los instintos. A ello hay que unir la ausencia de sensibilidad y de moral, consecuencia de la actitud de estas mujeres, que supone en la imagen femenina un sentido de pesimismo hacia la especie. Las consecuencias de su fatal influjo son atroces en la *Segunda parte*.

Luna ve, retrata, describe a las mujeres, insistiendo en los colores más negros, en sus fallas y tachas, deshumanizándolas en retorcidas y caprichosas caricaturas con estos fenómenos de patología literaria que llenan uno de los capítulos más vigorosos de la literatura antifemenina de todos los tiempos.

CONSIDERACIONES FINALES

Lo primero que salta a la vista al leer las páginas que anteceden es la heterogeneidad cronológica del mundo social que separa esta *Segunda parte* de la del *Lazarillo* primitivo. Queremos decir que Juan de Luna conduce la *Segunda parte* por un camino distinto de la corriente lazarófoba, forzándola a dar de sí, en la estructuración del ambiente social y de sus personajes, una imagen antitética y muy distinta del *Lazarillo* primitivo, no obstante ser el espejo en que se inspira un ambiente vulgar.

Juan de Luna se deja llevar por su espíritu iconoclasta y no nos da por resultado ningún remedio u orientación reformadora para cada mal que señala. Es verdad que hay pasajes en la *Segunda parte* en los que asoma el deseo de que algo se reforme, como cuando, al referirse a los gitanos que viven robando, Lázaro hablando por el autor añade como comentario: «Espantábame mucho cómo la justicia permitía públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades» (C y L, *loc. cit.)*. O cuando al comentar sobre los abogados que dan ejemplos funestísimos de incumplimientos de su deber, dice Lázaro: «Los letrados me decían no reparase en los dineros que me podía costar aquel negocio, pues todo había de salir de las costillas del dómine; y así por hacerle más mal, y que fuesen mayores las costas, daba cuanto me pedían. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentían el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En menos de ocho días el pleito estuvo muy adelante, y mi bolsa muy atrás» (C y L, pág. 737). O cuando al quejarse de los funcionarios de justicia que permitieron al arcipreste y a la mujer de Lázaro el salir de la cárcel y que, con testigos falsos, se le desterrara a Lázaro de Toledo, éste añade con tono amargo: «Diéronse tal maña, que en quince días salieron de la cárcel sobre fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos, condenaron al pobre Lázaro a pedir perdón, en costas y destierro perpetuo de Toledo» (C y L, pág. 738).

Pero en estos casos, que son aislados, de lo que se trata es de la reforma de algún abuso y no del cuerpo de la sociedad, ya que el radical pesimismo y el profundo espíritu iconoclasta que profesaba Juan de Luna no le permitía abrigar la esperanza de una sociedad mejor concertada.

Lo que sí vemos con claridad al analizar el mundo social de esta *Segunda parte* es que la obra de Luna, lejos de ser una continuación del mundo social del *Lazarillo* primitivo, es un anacronismo de emulación literaria, escrito cuando las costumbres en el reinado de Felipe III habían llegado a un grado de relajación moral grande.

El *Lazarillo* primitivo apareció en 1554, época en que la situación económica y las costumbres sociales no eran, en verdad, halagüeñas. Su autor las abarcó de una mirada, y vertió sus observaciones con fina sátira e ironía delicada. En cambio, Juan de Luna escribió su secuencia casi setenta años después de la aparición del *Lazarillo* primitivo, en una época de clima espiritual y económico paralítico, en que Felipe III regía el destino de España. La decadencia de la España de Felipe III se manifestó en muchos sectores de la vida nacional por una escandalosa corrupción de costumbres nunca igualada en la época de Carlos V y, por consiguiente, anacrónica al ambiente vital del *Lazarillo* primitivo...

En aquel ambiente de decadencia tuvo que florecer la picardía. Decadencia y picardía salieron de la misma cantera y en la misma época. Junto al ambiente social de la época de Luna salió la novela picaresca, que registraba a cada paso el péndulo espiritual y económico de la vida nacional.

Mateo Alemán, Francisco de Quevedo, y otros se complacían en señalar ideas en sus obras con intención de criticar y satirizar las condiciones y las costumbres de sus épocas; Luna a imitación de éstos contemporáneos suyos, hizo lo mismo en su *Segunda parte*, con ambiente que rezuma recuerdos literarios del *Guzmán de Alfarache*, de *El Buscón* y de *Rinconete y Cortadillo*, más bien que del *Lazarillo* primitivo. Se ocupó en escribir una obra que no mantiene equilibrio, en cuanto al ambiente y la época, con el del *Lazarillo* renacentista.

El realismo que aparece en la *Segunda parte* no puede coexistir con lo real de la novela renacentista, puesto que a veces Luna se deleita en describir cosas soñadas y bien escritas, pero sin verdad alguna, es decir, sin verosimilitud, sin aplicación al mundo real, ni parecido al *Lazarillo* de 1554. Uno de los más sagaces ejemplos de esta irrealidad se puntualiza en el encuentro y lucha de Lázaro con los atunes. Este es un ejemplo de cómo Luna transfigura lo real en hecho de pura imaginación y sueño.

El mundo social que Luna describe en su *Segunda parte* no es el del *Lazarillo* primitivo, como tampoco lo es del segundo *Lazarillo* anónimo de Amberes de 1555. Tiene un acentuado aire de la novela picaresca contemporánea al autor, que forma tradición. Luna tenía lecturas directas de estas novelas y una concepción de la España de Felipe III, más abundantes que ningún otro autor de novelas picarescas de la época; también había visitado partes de España, procurando penetrar con cinismo en la atmósfera espiritual y vital de sus ciudades y en las desoladas calles y plazas donde solían deambular pícaros, alcahuetas, vagabundos, gitanos y mancebas. Lo que pasó fue que entre la realidad del mundo social y sus ojos siempre se interponía esta imagen de la España de Felipe III compuesta por esta baja laya de la humanidad. Intromisión irresistible para un autor de novelas picarescas y cínico como Juan de Luna, que fue entre los autores de este género literario, el más resentido y el más antiespañol del Siglo de Oro.

No cabe duda que Juan de Luna dio a su *Segunda parte* una factura muy personal que destruye las formas y el contenido social del *Lazarillo* primitivo; pero nos parece más seguro que Luna estuvo animado por una idea de la España de Felipe III muy de acuerdo con la *leyenda negra*. Idea que Luna corporizó muy sugestivamente en su *Segunda parte* al afirmar, en el prólogo, que su *Lazarillo de Tormes* era «espejo y dechado de la sobriedad española» (C y L, pág. 691).

Los personajes de esta *Segunda parte* no son modelos vivos, sino muñecos, en comparación con los del *Lazarillo* primitivo. Lázaro, el hidalgo y algunos otros sujetos periféricos que figuran

en la *Segunda parte,* cuyos nombres corresponden a sujetos del *Lazarillo* primitivo, tienen cualidades procedentes de otras inclinaciones e instintos. La fisonomía peculiar de estas inclinaciones e instintos la encarna Lázaro por su espíritu iconoclasta, de gran experiencia, ofreciendo tendencias, preocupaciones, defectos y vicios de su comportamiento. Los otros personajes principales de esta *Segunda parte,* y también los que llamamos periféricos, es decir, secundarios, no poseen cualidades de carácter homogéneas a los del *Lazarillo* primitivo. Tienen arrogancia, interés. Conocen la soberbia, el odio, la crueldad. Son personajes con tacha y con miedo. Sus acciones están llenas de innobles extravíos e impetuosa imaginación bañada de una luz negra. Representan, pues, aquella cantera del mundo social que merece el desprecio de la humanidad.

Supo Luna, como no lo había entendido hasta entonces ningún autor de novelas picarescas, bosquejar los rasgos observados en el mundo social de la época a la manera de un caricaturista. Para diversión y odio de sus contemporáneos, quiso convertir los tipos eternos e ideales en caricaturas, degradándolos y transfigurándolos en figuras sin individualidad o carácter distinto. Lázaro, el Arcipreste, el hidalgo, los pescadores, los villanos, las mozas, los gitanos, las viudas, los devotos, los pícaros, son hijos de las novelas contemporáneas a Luna, inspirados y estimulados por ellas, pero bosquejados por Luna. Por eso, son incongruos con los del *Lazarillo* primitivo. Les falta la alegría de vivir, la benignidad del ayudar, la indulgencia del perdonar, el cariño de amar y la sensibilidad del contemplar. Todos se presentan despojados de estos elementos tradicionales con un sentido de desenfrenada exuberancia y choque que da fuerza primordial al instinto, al irracionalismo, a las varias fases de lo grandioso y de lo arduo, de lo extravagante y de lo ridículo, de lo flaco y de lo triste, que tuercen la rectitud y malean las formas tradicionales y la conveniencia establecida por los personajes del *Lazarillo* primitivo.

Resumiremos, para mayor claridad, esta prolija indagación sobre el mundo social de la *Segunda parte* en las siguientes conclusiones:

1.ª El mundo social de la *Segunda parte* se caracteriza por ser una imitación libérrima y general del mundo social de las novelas picarescas de la época barroca que hemos mencionado, pero no de ninguna de ellas en particular, y por consiguiente mucho menos del *Lazarillo* renacentista, que por haberse escrito en otra época es de los que menos se parece, a pesar del título de la obra, del nombre de los protagonistas principales y de las coincidencias, acaso fortuitas, de algunos detalles poco importantes.

2.ª El picarismo se une a la sensualidad de una manera nunca igualada en la picaresca peninsular. Todos los seres que desfilan viven en un ambiente sórdido e inmoral. La consecuencia de ello puede atribuirse, en parte, al hecho de que Juan de Luna escribió su obra en el destierro. Acostumbrado a vivir en más ancha comunicación con el desenfreno dominante en París, Luna encontró la pluma fácil para salir del círculo que forzosamente le hubiera confinado en la península. Por eso la soltura de costumbres, bien aprovechada por Juan de Luna en esta *Segunda parte*, no sobresale como característica específica de la novela picaresca española, sino como elemento de fuera.

3.ª Grandes diferencias separan el mundo social de la *Segunda parte* del *Lazarillo* primitivo. Con la *Segunda parte*, cambia la suerte, el carácter y figura del hidalgo toledano, de Lázaro, de la mujer de éste. La actitud del hidalgo y de Lázaro, la participación en el robo por aquél y el engaño y hurto por éste, acentúan más semejanza con la delincuencia que con lo picaresco.

4.ª El tono fundamental de la *Segunda parte* propiamente dicho es el pesimismo. La sátira social no es indulgente, y siempre se convierte en desprecio, amargura, resentimiento de los personajes retratados, cuyas penalidades refiere el autor, con odio.

Este cambio de tono que percibimos en la *Segunda parte*, que no tendría interés tratándose de una novela vulgar, es en alto grado interesante por referirse a una continuación tan capital como el *Lazarillo* primitivo, que es una de las grandes obras de la literatura española, una de las que más influyeron en la

literatura occidental. Y puede añadirse que en el orden cronológico el *Lazarillo* primitivo es la primera novela picaresca, el primer ejemplo de narración satírica en prosa en que el héroe se vuelve antihéroe, obra concebida y ejecutada como tal, puesto que en la *Segunda parte* de Luna, el antihéroe como el resto de los personajes son una amplificación y degeneración del *Lazarillo* primitivo. Por eso el mundo social de la *Segunda parte*, es incongruo. A pesar de que diversos personajes principales del *Lazarillo* primitivo aparezcan en esta *Segunda parte*, que forman a veces enmarañado laberinto, es patente la unidad orgánica con el *Lazarillo* primitivo, no en el sentido social, sino en el de norma que rige todos los accidentes de una sátira mal combinada. Y no obstante, se ve que al tratar el mundo social de la *Segunda parte*, Luna dispuso con toda libertad de la materia que iba elaborando, sin sujetarse al espíritu de la época renacentista y al tono vital del *Lazarillo* primitivo, creando él su *Lazarillo de Tormes* propio en forma y fondo e infundiendo en él no el sentir común del *Lazarillo* primitivo, sino su propia misantropía y pesimismo; no en el modo de ver personal y sencillo del autor del *Lazarillo* renacentista, propio de la época, sino en su manera individual de contemplar el mundo.

JOSEPH L. LAURENTI
Illinois State University